



# IGLESIA Y SOCIEDAD

## La conquista de la libertad creativa o libertad interior

Alfonso López Quintás

La verdadera libertad –la libertad interior o creativa– no se reduce a la “libertad de maniobra”, la capacidad de liberarse de trabas externas y satisfacer, en cada momento, las propias apetencias. Consiste en distanciarse de las pulsiones instintivas y elegir la actividad que más contribuya a realizar el verdadero ideal de nuestra vida. Esta forma de libertad es tanto más elevada cuanto más superamos el apego a nuestros intereses y nos entusiasmos con el ideal de la unidad.

Destacados psicólogos afirman que una persona está básicamente formada cuando tiene una idea cabal de la libertad. El protagonista de la obra de Jean Paul Sartre *La prórroga*<sup>1</sup> va a la estación de la que deben partir los movilizados para defender a Francia, su patria, de la invasión nacionalsocialista. Pero deja que el tren se aleje, abarrotado de jóvenes, y se vuelve a París. Callejea sin rumbo, contempla largamente el Sena, da vueltas a mil pensamientos, se siente invadido de libertad. Todo él es libertad. Pero, al final, se pregunta: “Y ¿qué voy a hacer yo con toda esta libertad? ¿Qué voy a hacer conmigo”? Sin duda intuyó que su libertad era vacía, no conducía a ninguna meta, no era impulsada por ningún ideal digno de la persona humana.

En efecto, un desertor es una persona que rompe amarras con su patria. Cuando un país es invadido por un enemigo, se moviliza entero en orden a su defensa. Todo cambia en él de sentido. Las metas de cada vida quedan supeditadas a una gran meta: defender la patria. Al hacerlo, cobra sentido la vida de cada ciudadano. Matthieu, el protagonista de la obra de Sartre, no se orienta hacia esa meta. Por ello, cuanto haga estará fuera de lugar. Carecerá de sentido. Será un extraño en su país. Se ha desvinculado, es libre, pero tan menguada libertad no le lleva a ninguna parte que dé sentido a su vida. Esa libertad vacía no es fruto de una conquista esforzada; es resultado de una huida traidora. Al haberse desgajado de la peculiar trama de relaciones que constituye la vida de su patria en ese momento, el traidor Matthieu se mueve con una forma de libertad *absoluta* (ab-soluta, desgajada de todo vínculo), pero, al hacerlo, no hace sino “deslizarse por un astro muerto”. París, toda Francia, el mundo entero es para él un desierto. La *libertad vacía* deja la vida humana desolada.



<sup>1</sup> Cf. *Los caminos de la libertad. I. La prórroga*, Alianza Editorial Madrid 1985, págs. 362-365. Edición original: *Les chemins de la liberté. I. Le sursis*, Gallimard, París 1945, págs. 418 ss.

Esta situación de desconcierto resulta especialmente penosa para nosotros pues el anhelo de libertad se halla enraizado en lo más profundo de nuestro ser. Es ley de vida que el ser humano quiera emanciparse de cuanto bloquea su desarrollo normal y le impide otorgar sentido a su vida. El bebé se agita en la cuna para ejercitar sus potencias motrices. El niño va perdiendo poco a poco su apego casi fusional a los padres a fin de moverse autónomamente. El joven se esfuerza por independizarse en el pensar y actuar... Es una lucha por adquirir *libertad*. Pero ¿en qué consiste la *verdadera* libertad? Descubrirlo es un hallazgo decisivo para toda la vida. Por esta profunda razón, una tarea ineludible del proceso de formación humana es descubrir en qué consiste verdaderamente ser libre.

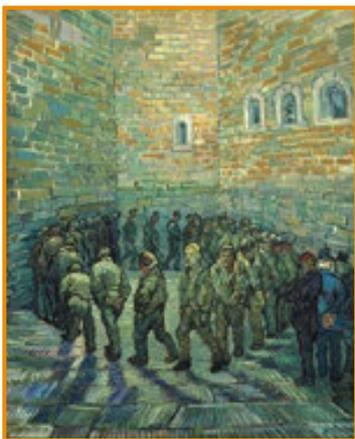
Por fortuna, el conocimiento de la función que ejerce en nuestra vida el auténtico ideal nos permite clarificar a fondo esta cuestión. Para hacerlo, veamos, por sus pasos, cómo van surgiendo en nuestra vida y articulándose entre sí las diversas formas de libertad. Notemos que no se trata tanto de una cuestión de *aprendizaje* cuanto de *descubrimiento*.

## I. LIBERTAD DE MOVIMIENTO Y DE ACCIÓN

**1) Libertad para ejercitar las potencias fisiológicas y psíquicas.** La primera forma de libertad que desea ejercitar el ser humano es la de movimiento. El bebé, en la cuna, tiende a moverse y se sentiría muy frustrado si no pudiera hacerlo. El niño, a medida que perfecciona sus potencias —moverse, ver, oír, tocar, pensar, recordar, querer...-, las pone en juego con avidez.

El paralítico, en cambio, se ve trabado, incapaz de dar rienda suelta a su afán de caminar por propia cuenta, desplegar energías, desplazarse, tomar iniciativas... No se siente libre, y su estado de postración le causa un profundo malestar. Le falla la vida en su misma raíz, porque la libertad de ejercitar las potencias fisiológicas y psíquicas está enraizada en las bases mismas del propio ser.

**2) Libertad para ejercitar dichas potencias en todo tiempo y lugar.** La libertad de movimiento necesita, para desplegarse plenamente, un *campo de libre juego*, un espacio ilimitado en el que trazar diversos proyectos: moverse de un lugar a otro, viajar, entablar relaciones aquí o allí... Si carece de esta *libertad social*, el hombre ve limitada hasta la asfixia su capacidad de moverse y tomar iniciativas.

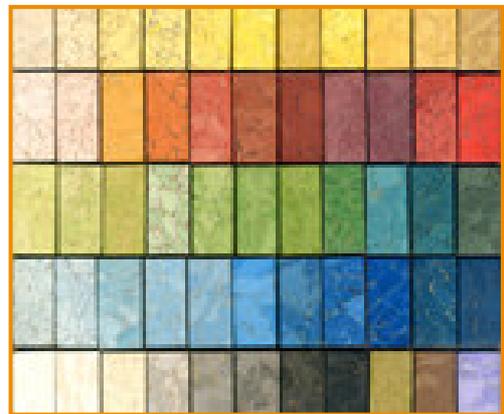


De ahí la angustia del encarcelado, que tiene libertad para ejercitar sus potencias naturales, por gozar de buena salud, pero no puede hacerlo donde y cuando quiere. Con razón siente la cárcel como un encierro asfixiante, pues reprime una de sus tendencias naturales. Su deseo de liberación es, en cierta medida, semejante al del minusválido. Aunque la prisión sea amplia y confortable, la imposibilidad de planificar sus movimientos le produce una sensación desazonante de ahogo, semejante al del asmático que se ve rodeado de aire por todas partes pero no puede aspirarlo. Al prisionero le sucede lo mismo respecto al espacio.

### 3) Libertad para moverse en la sociedad con el indispensable desahogo económico.

El que puede moverse sin trabas en un medio social que ofrece múltiples posibilidades de diverso orden pero no puede asumirlas por carecer de medios económicos adecuados se siente privado de libertad, libertad real de elección. Como acabamos de ver, nuestra primera forma de libertad viene dada por la capacidad de ejercitar sin traba alguna nuestras *potencias*: andar, ver, oír, hablar, pensar, hacer proyectos de todo orden... Pero el ejercicio de las *potencias* no es fecundo si no contamos con *posibilidades*. Leonardo da Vinci tuvo potencias extraordinarias –inteligencia, imaginación creadora, poder inventivo...-, pero no pudo satisfacer su ansia de volar porque su sociedad carecía de posibilidades para ello – conocimientos científicos y técnicos, recursos económicos, planes políticos...- La falta de posibilidades supone para el hombre una merma de libertad. De ahí que pasar de la penuria económica a la holgura suponga una *liberación*.

Para sentirse libre, debe uno poder liberarse de ciertas trabas y contar con posibilidades diversas entre las que poder elegir realmente. Por eso los niños y los jóvenes suelen considerarse muy libres cuando disponen de numerosas posibilidades y pueden elegir las que desean. Esta capacidad de elección podemos denominarla *libertad de maniobra*. El gobernante que ofrece este tipo de libertad a los ciudadanos es considerado a menudo como un *libertador*, un promotor de la libertad. ¿Es ésta una valoración justa? En ciertos casos sí, pero en otros no, pues poder elegir entre muchas posibilidades no equivale todavía a ser libre interiormente. Es sólo una *condición para ello*, como lo es el ejercicio expedito de las propias potencias: ver, oír, andar...



## II. LIBERTAD DE ORIENTACIÓN INTELECTUAL Y ESPIRITUAL

**1) Libertad para romper el bloqueo espiritual causado por la manipulación y orientarse hacia metas ilusionantes.** Uno puede disponer de amplia libertad de movimiento y elección pero carecer de un ideal por el que vivir y metas valiosas que proponerse. Siente satisfacción al poder elegir, pero se ve frustrado al advertir que sus elecciones se mueven dentro de un horizonte vital muy angosto, y no sabe en qué emplear su *libertad de maniobra*, por carecer de valores que orienten su actividad y le den pleno sentido. Hay formas de pensar y de orientar la vida que *reducen* considerablemente el valor de cuanto se realiza: el amor es *reducido* a la saciedad de un impulso pasional; el deporte es visto como mera competición, afanosa de ganar a cualquier precio por razones de prepotencia o de revancha; el poder es ansiado como medio para aumentar el dominio y la posesión de bienes de todo orden...

Esta precaria idea de la vida humana somete, en la actualidad, a multitud de personas a *servidumbre espiritual* mediante los recursos demagógicos de la manipulación. El que es presa fácil de las tácticas manipuladoras carece de libertad interior. Una forma singular de servidumbre es impuesta actualmente a multitud de personas por la manipulación de las conciencias a través de un uso estratégico del lenguaje y la imagen. De forma halagadora y

artera, el manipulador impide a las gentes pensar, sentir y elegir por propia cuenta; troquela su mente y su corazón conforme a sus intereses inconfesados, al tiempo que las convence de que está elevando su libertad a cotas nunca alcanzadas<sup>2</sup>.

**2) Libertad para superar la idea negativa del sacrificio y vivir bajo la inspiración de un ideal.** Uno de los malentendidos propalados por la manipulación consiste en confundir el *sacrificio* con la *represión*. Distanciarse de los intereses inmediatos implica una renuncia al



valor de lo agradable, y tal renuncia entraña un *sacrificio*. Pero éste, por intenso que sea, no supone forma alguna de *represión*, si por tal se entiende el bloqueo del desarrollo cabal de la propia personalidad. En cuanto se renuncia a un valor para conseguir otro más elevado, avanza uno en madurez, se acerca a la realización plena de la meta ideal que orienta su vida. Pero ¿de dónde nos viene la fuerza interior necesaria para dejar de

lado el pájaro en mano de las ganancias inmediatas y consagrar las energías al logro de un ideal que parece lejano? Procede de este mismo ideal, que, si es auténtico y no una mera utopía —un deseo irrealizable—, revierte sobre el presente para dar a nuestra vida impulso y sentido.

**3) Libertad para soportar las presiones y orientar la vida conforme a los propios criterios.** Una persona puede disponer de las diversas formas de libertad indicadas anteriormente, pero hallarse sometida a diversas presiones y chantajes debido a motivos ideológicos, políticos, morales o religiosos. Tiene capacidad para actuar con eficacia y excelencia, incluso en niveles culturales elevados, pero se enfrenta a un cerco de hostilidad que convierte cada decisión en una fuente de riesgos. Los que han vivido alguna época de terror en su vida no podrán olvidar el deseo vehemente que sentían de verse liberados de esa insufrible tensión.

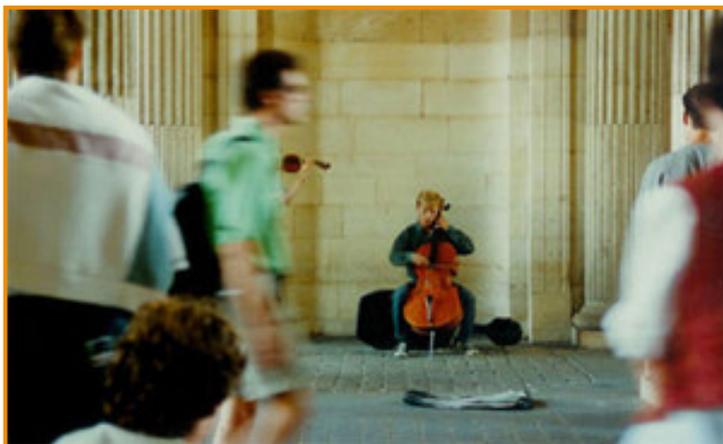
### III. EL ASCENSO A LA LIBERTAD INTERIOR O LIBERTAD CREATIVA

Supongamos que una persona se libera de las trabas fisiológicas (apartado I) y las sociales (apartado II) y disfruta de las formas de libertad que se hallaban bloqueadas por ellas. Tiene la capacidad de ejercitar sus potencias en todo tiempo y lugar, dispone de holgura económica, se halla en un entorno propicio, actúa con una finalidad precisa...- y desempeña, merced a ello, un papel relevante en la sociedad. Podemos pensar que es *totalmente libre*, pues cuenta con muchas posibilidades y se halla en franquía para elegir las que desea. Dispone de una total “libertad de maniobra”, que le permite dominar, poseer y manejar todo aquello que desea poner a su servicio para desarrollar una vida placentera. Es el modo de libertad propio del *nivel 1*.

---

<sup>2</sup> Los recursos de los manipuladores los expongo ampliamente en la obra *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2008.

Si afinamos la mirada, observamos que esta libertad para elegir todo tipo de posibilidades sólo tiene cabal *sentido*<sup>3</sup> en nuestra vida si se ajusta a las exigencias que plantea nuestro desarrollo personal. Este desarrollo culmina en la creación de modos diversos de encuentro, bajo la inspiración del ideal de la unidad. Cuando elijo algo, no porque sea agradable y favorezca mis intereses inmediatos, sino porque me ayuda a realizar el verdadero ideal –el *ideal de la unidad*–, me distancio de mi afán de dominio y manejo –*nivel 1*–, para elevarme al plano de la colaboración creativa –*nivel 2*– y optar incondicionalmente por los grandes valores: la unidad, la bondad, la justicia, la belleza –*nivel 3*<sup>4</sup>. Esta capacidad de distanciarme de los valores inmediatos me permite ver, a través de cuanto haga, el ideal que debe inspirar mi acción y darle sentido. Tal ideal polariza toda mi vida, la orienta hacia la plenitud, la colma de sentido. Esta capacidad de ver, al mismo tiempo, distintos aspectos de la vida y ordenarlos conforme a su rango constituye la *libertad interior* o *libertad creativa*. Se trata de un modo de libertad muy lúcido: al verme *ligado* a un ideal voluntariamente elegido, sé ver la *ob-ligación* de realizarlo como una forma de *vinculación nutricia* que me conduce a mi pleno desarrollo.



Esta elección libre del deber puede hacerse por motivos diversos, y de tal diversidad se derivan los distintos grados de perfección de la libertad creativa. Nuestra libertad interior se perfecciona a medida que nuestra unión con el ideal se torna más íntima y comprometida. Cuanto más nos unimos al ideal de la unidad, más libres somos interiormente, más abiertos estamos a las formas superiores de creatividad.

**Grado primero de libertad creativa.** Si elijo en virtud del ideal de la unidad y la solidaridad porque entiendo que es un *deber* que me viene impuesto por el hecho de vivir en una comunidad de personas, comienzo a ser libre de verdad porque oriento mi vida hacia la meta *justa*, la *ajustada* a mi vocación y misión como ser humano, no hacia metas secundarias, como puede ser mi afán de acumular gratificaciones. Pero tal libertad es todavía incipiente, pues actúo por un deber que considero *distinto de mí* y *externo*.

<sup>3</sup> No digo sólo *significación* sino *sentido*, término que alude al significado peculiar que una acción adquiere en el conjunto de nuestra actividad personal. Como veremos en la Sesión 5ª, una acción puede tener un mismo significado básico siempre, pero presentar distintos sentidos en diversas circunstancias.

<sup>4</sup> Este *nivel 3* es decisivo en nuestro proceso de crecimiento personal. Lo veremos de cerca al analizar los distintos niveles de realidad y de conducta (sesiones 9 y 10).

**Grado segundo.** En cuanto cobre verdadero amor a dicho ideal, consideraré el deber de realizarlo como una *voz interior*, un impulso espontáneo de mi ser más profundo. Al *interiorizar* así el deber, soy yo mismo quien me *ob-ligo* a responder positivamente a la llamada de ese ideal con espontaneidad creadora, al modo como el buen intérprete vuelve a crear las formas sugeridas en una partitura musical. Cuando conseguimos que los grandes valores, y sobre todo el *valor ideal*, se nos hagan íntimos, aun siendo distintos, damos un paso de gigante hacia nuestra madurez personal porque podemos entregarnos con toda decisión a instancias que nos vienen dadas *de fuera*, y no por ello nos enajenamos o *alienamos*. Al contrario, ganamos nuestra plena *identidad personal* y nos hacemos *responsables*. Es responsable el que responde con amor a la llamada de algo valioso que le ayuda a realizar el ideal de la vida. El impulso para amar de modo eficiente el ideal de la unidad da lugar a una forma superior de libertad creativa. Nos hallamos ya en una alta cota dentro del *nivel 3*.

**Grado tercero.** En cuanto ese amor deje de ser un simple afecto para alcanzar la cima del *entusiasmo*, la libertad se perfecciona. Realizo, *entusiasmado*, lo que *debo* realizar. El esfuerzo que tal realización implica queda con ello transfigurado; se hace leve; se integra en un proceso de elevación a lo mejor de uno mismo; deja de significar una *represión* para entrañar una *sublimación*.

Esta forma de altísima libertad la rehuimos con frecuencia porque no tenemos el coraje de aceptar responsablemente todo lo que somos<sup>5</sup>. Tal miedo a la verdadera libertad nos empobrece sobremanera pues nos aleja de los valores. Ser responsable indica estar activamente a la escucha de cuanto encierra un valor y me pide que lo asuma y realice en mi vida. Algo es valioso para mí cuando me ofrece posibilidades para actuar con sentido. Si respondo positivamente a los valores que me invitan a asumirlos, actúo responsablemente y me hago responsable del resultado de mis acciones. Cuanto más elevados sean esos valores, más elevado es el rango de la responsabilidad de quien los realiza. Ascendemos, con ello, a la frontera en que el *nivel 3* confina con el *nivel 4*.

**Grado cuarto.** Sólo el hombre responsable es libre, está liberado de la reclusión egoísta en la soledad de su yo y se halla abierto a las realidades que hacen posible su creatividad y su desarrollo personal. Cuando responde activamente al *valor más alto* —la unidad que funda con los demás el que está dispuesto a dar la vida por amigos y enemigos—, consigue una forma de *libertad perfecta*, se halla plenamente en verdad, enriquece el reino de la bondad, la justicia y la belleza. Esta opción incondicional por los grandes valores supone una soberanía de espíritu tal que resulta difícil lograrla sin ascender al *nivel 4*. La *libertad perfecta* se da cuando alguien se entrega al *amor absoluto*.

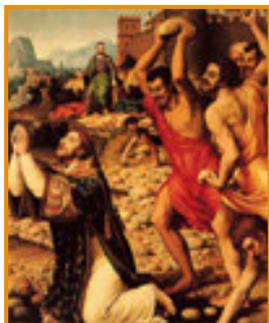
En el infierno de un campo de concentración, un padre de familia está a punto de ingresar en un calabozo para morir allí de extenuación. Uno de los prisioneros se adelanta y se ofrece para entrar en



---

<sup>5</sup> Véase el breve ensayo de Romano Guardini: *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid 1983. Versión original: *Die Annahme seiner Selbst*, Werkbund, Würzburg 1960.

su lugar. ¿Cómo se explica esta libertad interior de Maximiliano Kolbe frente al propio instinto de conservación, que suele exacerbarse en tales situaciones límite? Es posible cuando se interioriza de tal modo el ideal de la unidad que los demás valores –incluso el de la propia vida- quedan supeditados a él.



Un joven israelita es arrastrado, a empujones, fuera de los muros de Jerusalén. Al final del trayecto, el grupo que lo acosa se aleja un tanto de él y empieza a lapidarlo. ¿Puede alguien hacerse una idea del desamparo espiritual que supone morir cercado de odio? Los animales moribundos suelen buscar un refugio para sentirse menos desvalidos. Esteban se hallaba solo, en el descampado, frente a sus verdugos. Lo normal hubiera sido intentar huir, gritar, defenderse a la desesperada, morir matando. Pero se mantuvo sereno, con la mirada dirigida a lo alto, y desde esa altura pronunció una palabra de perdón para quienes lo iban a dejar sin voz para siempre. Hace falta una capacidad sobrehumana de despegarse de sí mismo, de distanciamiento respecto a la propia situación adversa para desbordar el presente y situarse en el punto de vista del *puro amor*; el amor que, incluso en una situación límite, consagra las últimas fuerzas a restaurar la unidad que los enemigos están rompiendo de forma implacable. Esta identificación con el amor absoluto, *incondicional*, marca el momento cumbre de la libertad humana. Como veremos en la Sesión 9ª, esta incondicionalidad tiene su fundamento último y su explicación radical en el salto del *nivel 3* al *nivel 4*, el de la aceptación religiosa de un Ser infinitamente bueno y justo, que nos creó a su imagen y semejanza.

Esta fundamentación última está reservada, obviamente, a los creyentes, pero eso no obsta a que todos, creyentes y agnósticos, podamos y debemos recorrer juntos el largo y fructífero camino que nos eleva del *nivel 1* a los niveles 2 y 3. Tal comunidad de ruta y de ideal es condición indispensable para una vida de concordia y tolerancia, entendida ésta como la búsqueda en común de la verdad.

## CONCLUSIÓN

### El ideal de la unidad nos abre un nuevo horizonte

Tras exponer, en un congreso, esta idea matizada de libertad a la luz del auténtico ideal, un joven se me acercó, visiblemente emocionado, y me dijo con tono abatido:

- *“¡Me ha hecho usted polvo!”*.
- *“No era mi intención -le respondí-. ¿Qué le sucede?”*.
- *“Hasta hace una hora –agregó- creía ser la persona más libre del mundo, pues mis padres me mantienen siempre a tope una cuenta corriente y me dejan tomar las iniciativas que desee. Pero yo elijo sólo en virtud de mis apetencias. Y usted acaba de explicar que los deseos no llevan en sí su propia justificación. Por eso, puedo desear algo intensamente y, al conseguirlo, buscarme la ruina”*.

Me acerqué un poco más a él, para ganar confidencialidad, y le dije, cálidamente:



*“Comprendo su situación, amigo, pero no debe estar triste, sino levantar el ánimo porque le queda toda la vida por delante para disfrutar del descubrimiento que acaba de hacer. Usted consideraba la libertad de maniobra como la única y suprema forma de libertad. Ahora adivina que, por encima de ella, existe la libertad creativa. Celebre este hallazgo. ¿Sabe usted a qué abismos se estaba asomando a diario, cuando disponía de tantas posibilidades y carecía de una meta elevada que orientara debidamente su capacidad de elección?”.*

Conocer las diversas formas de libertad y advertir que las formas superiores debemos lograrlas mediante un ascenso esforzado es indispensable para evitar grandes riesgos y orientar la vida hacia la forma suprema de libertad, modo de excelencia espiritual que logramos al dejarnos inspirar en todo momento por el ideal de la unidad, la verdad, la bondad, la justicia, la belleza (*nivel 3*). ■



---

## EL AUTOR

**Alfonso López Quintás** es doctor en Filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid) y fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. ([www.escueladepensamientoycreatividad.org](http://www.escueladepensamientoycreatividad.org)).